

Fernando González
Política, ensayo y ficción

Jorge Giraldo Ramírez
Efrén Giraldo
–Coordinadores académicos–



Fernando González: Política, ensayo y ficción / Santiago Aristizábal Montoya...[et al.];
Jorge Giraldo Ramírez, Efrén Giraldo, coordinadores académicos -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016.

202 p.; 24 cm. -- (Colección Académica).

ISBN 978-958-720-374-5

1. González, Fernando, 1895-1964 – Crítica e interpretación. 2. Ensayos colombianos.
3. González, Fernando, 1895-1964 – Pensamiento político. I. Giraldo Ramírez, Jorge, coor.
-- II. Giraldo Quintero, Efrén, coor. III. Título IV. Serie.

C864

G643a cd 21 ed.

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Fernando González Política, ensayo y ficción

Primera edición: noviembre de 2016

© Jorge Giraldo Ramírez, Efrén Giraldo
–Coordinadores académicos–

© Fondo Editorial Universidad EAFIT
Carrera 49 No. 7 sur - 50
Tel.: 261 95 23, Medellín
<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>
e-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-374-5

Editor: Felipe Restrepo David

Diseño: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: intervención sobre la foto de Guillermo Angulo, 1959

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

La escritura ensayística de Fernando González y la indagación del complejo de *hijo de puta* en *Los negroides*⁷

Sergio Palacio

Introducción: el ensayo en Fernando González

Los libros inclasificables de Fernando González son la distinción de la frontera deslizante e imprecisa de los géneros literarios. Sabemos que la noción de género apunta más a un sustento de la postura del crítico que realmente a la fuente que encauza a un autor para lograr su obra. Se escribe y ya, en busca de algo que en realidad no se congenia con el propio autor o la sociedad que le acogió, y bastará con comprender que el acto de escribir va más allá de un simple saber la lengua, disponerla y tener temas. González realiza ese atrevido sentido de escribir en una búsqueda entre lo metafísico, lo filosófico y psicológico (sin dejar de enunciar lo político y sociológico) como una manera de hallar un viaje que recuerda la muerte, suspira por la juventud y hace alarde de la vitalidad de la tierra, el alma, la naturaleza, la mujer. Sus textos son movimiento y la constante es viajar por los estados internos que desatan el conocerse.

Viajar (a pie) es ir a lo hondo de Lucas Ochoa o mejor, hacia sí mismo, como González, que indaga una y otra vez en ese desdoblamiento o heterónimo que le trasluce una manera de ser y sentir. Mucho antes de que ese recurso apareciera de manera consciente en la literatura, en consonancia con Pessoa, González le dio voces autónomas a sus encarnaciones heterónimas, constituidas a plenitud con largas biografías internas que le dibujan, vivencian y reaniman. Lucas Ochoa, por ejemplo, lo acompaña como proyección de sí y le da paso, tras entregar al lector

⁷ Este artículo hace parte de la beca doctoral de Colciencias 647-2014. Doctorado en Humanidades de la Universidad EAFIT.

lo que sabe de él, a una imagen de espontaneidad reconstruida como simbólica de la vida interna, del viaje sobre los mundos que le habitan.

González, también como heterónimo, se encuentra en sus creaciones. La conexión heterónimos-González (figura autoral), basada en la excusa literaria del maestro o místico que resguarda el compromiso con el ser en conciencia, dentro de libretas de carnicero o en diarios íntimos, que apelan a lo con-sentido, da la firmeza para comentar que dichas contenciones de uno sobre el otro, de un heterónimo sobre el otro, integran las ideas sobre la concreción de razas dignas, negroides, remordidos por la carne, arquetipos de nacionalidad (Bolívar) o viajeros que meditan cómo vivir. A veces abre la diatriba contra dicotomías históricas basadas en imágenes de libertadores opuestos, Santander-Bolívar, o entra a compungir por el reconocimiento de complejos culturales en lo americano que subyacen al sentir e instauran la inferioridad del carácter, con la base de una repulsa por ser mestizo, o en el sentido de González, un hideputa, que no se digna de sí mismo y se mira con desprecio, sin reconocer que la raigambre en él, de abundantes etnias y culturas, sería a la larga el crisol que levante al hombre americano como el mulato que subyace al blanco occidental como sombra. La figura autoral, tanto en la diatriba como en la reflexión, propone una pantalla donde el lector puede notarse contenido, como si la obra de González se planteara como guía y, fueran los heterónimos los que se desdoblaron para hacer consciencia de lo que somos.

El González de *Los negroides* funge como una especie de reaccionario, a veces hostil y displicente, que se empecina en diatribas aforísticas que van tumbando intelectuales, políticos, artistas y gobernantes; solo deja en pie a Bolívar, y eso porque lo considera nacido en Venezuela. Su análisis es psicológico, basado en el acercamiento al concepto de complejo, tanto en la inferioridad, como en la superioridad o el hideputa. En general, pese a la diatriba, esta figura autoral, aunque varía en pasión frente al tema, no deja de mostrarse como guía, maestro o por lo menos quien avisa al lector lo que sucede. El Fernando de *El remordimiento* se aleja de esa postura reaccionaria para acercarse a la fenomenología del arrepentimiento carnal y la elevación espiritual vía a esa renuncia; y entra en posturas que van desde lo teológico hasta el análisis psicológico del mecanismo del remorder. Esto se profundiza en *Viaje a pie* donde el heterónimo se inicia como pensador filosófico sin escatimar insultos para los religiosos, las gentes que

ve en el camino y con esa constante búsqueda interior, que en sí no es un plan concreto de actividad mental continuada de un tratado, sino las disonancias del ensayo, su principal manera de ser.

El ensayo en González es fragmentario, con capítulos cortos, señalamientos en mayúscula, argumentos que van enumerados o se empecinan en la ampliación en diversos capítulos, muchas veces sin seriación, y que emergen y complementan el tema sin concluirlo casi nunca. Se contradicen a medida que avanzan en obras o se refinan como imágenes que no se proponen en tesis plenamente desarrolladas. González se despliega en opiniones explosivas, improprios e insultos, que reunidos con argumentos asociados a filosofía o psicología, no dan de pleno un armazón concreto de tratado, sino que dan cabida al capricho de la figura autoral, que escribe como le viene en gana, con frases cortas, sumadas a párrafos gregarios, cortados, subtítulos largos que anuncian el contenido del capítulo o cortes inesperados con tres asteriscos que cierran la idea y dan cabida a la nueva disertación.

Una de las características de su ensayística es la libertad de seguir como proyecto vital la comprensión de sí mismo. Él se reconoce en el escrito ensayístico y, por ello, da la impresión de que se da “la transformación de la experiencia por acción del relato. La capacidad de reestructurar la experiencia instaurando una nueva manera de habitar en el mundo” (Ricoeur, 2004). La ensayística alcanza la concepción de un estado de autorrepresentación en cuanto se trata de una actitud general, una manera de considerar las cosas, de estar en el mundo, realizar acciones y poner atención a sí mismo, para luego trasladar este conocimiento al exterior, a los otros, mediante la escritura. Dicho proceder implica una introspección ligada a la meditación, la autorreflexión, al examen de conciencia, etc., que son prácticas para dirigir el flujo del pensamiento y con ello lograr modificaciones, purificaciones o transformaciones de esa “inquietud de sí” propuesta por Foucault.

Mediante el ensayo, González logra objetivarse y puede iniciar el proceso de conocimiento, que se va desarrollando en un juego dialéctico de confrontación, primero, de lo vivido con los prejuicios y creencias y, luego, de las conclusiones provisionales, nuevamente de lo vivido. “Foucault insiste en que [esto] tiene una función curativa y terapéutica. Llegar a ser médico de sí mismo” (Gabilondo, 1997: 381). En ese orden

de ideas, González construye en su ensayística, no solo el intento expurgador de sus padecimientos, sino que se orienta hacia un objetivo de reflexión: lograr conocimiento de sí mismo. La reflexión llega, luego de decir no a las demandas instintivas de la carne o al ver la melancolía de Lucas Ochoa o tras reparar en las gentes que viven por ahí. Se involucra un pensamiento que va creando la reflexión en sentido inconstante. La verdadera reflexión no es posible en el momento presente de la experiencia y, desde luego, necesita de la mirada en retrospectiva que es fragmentaria y bajo esa dirección el texto se orienta en plena subjetividad. Con esto, la reflexión interior de los actos que motivan las emociones encontradas hace comprender que su intención última en la vida tiene dos aristas. La primera se concentra en la intención de ganar consciencia, tanto colectiva como individual, y la segunda hace de esa misma meta la motivación para llegar a ese estado espiritual que le provoca una sensación placentera, que para él es algo bueno y necesario de imitar.

De esta manera, la declaración sensible se concentra en los americanos porque deben motivarse a crecer en consciencia ante la consecuencia placentera o dolorosa que se deriva de la acción de búsqueda corporal o de la descarga emocional que producen la simulación, la valoración de lo extranjero, la imitación, el remordimiento. El americano debe hacer de ese dolor o placer un acto de reflexión porque dicha tarea enciende la intención de llegar a un propósito concreto de incremento de consciencia espiritual. Por tanto, dicha condición intenta construir una línea a través del lenguaje para estructurar una imagen concreta de lo bueno que surgió de la experiencia. González, al ponerse como modelo comprensivo de la actividad de tomar consciencia de sí, busca que la persona sea capaz de reflexionar sobre cómo su acción afectó tanto al otro como a sí mismo. Le invita a verse allí. Desde ese punto de vista, es posible reprochar a la experiencia la culpa, el remordimiento, la vergüenza, el lamento o el enojo siempre que esa imputabilidad sobre las decisiones tomadas conduzca a ganar espiritualidad.

El autorreproche le permite ganar consciencia cuando está preñado de remordimiento por culpa de Teanós y Toní, dejadas vírgenes en las orillas del Huveaune. No encuentra en ello un progreso, sino un desprecio por la realidad que lo lleva a un dolor traducido en remordimiento, arrepentimiento y soledad. Por esta vía conoce el mecanismo del libre albedrío. Por eso dice que “el hombre asciende en virtud de remordimiento:

despreciamos al ser actual y actuante que somos, porque la inteligencia nos muestra seres que obran mejor y deseamos ser como ellos. De allí que nuestros actos nos remuerdan” (González, 1994: 42), y se entre en el arrepentimiento del propio devenir, en el ansia de lo ajeno y el desprecio del presente, de lo propio, lo que lograría dar conciencia.

Despotricar contra todo es arrebatarlo de su puesto consolidado; por eso cuando González critica al sujeto que tiene una hacienda pero quiere poseer otras, sabe una cosa pero admira a quien sepa dos, lo ama una mujer pero le gustan las demás, no solo se ve él mismo en esa imagen sino que intenta romperla para libertarse en la conciencia pues sin eso le es complejo progresar en el espíritu. Para lograrlo necesita disciplina y constancia. También tiempo abundante. “Yo aceptaría diez mil años, porque apenas así lograría progresar, pues en la vida del espíritu se asciende dificultosamente. En sesenta años, no hay modificación, y de ahí que algunos observadores sostengan que el carácter es inmutable. Ni en cuatro mil años se contempla el paso del mono al erecto” (1994: 41).

De tal modo, en ese acto se evidencia un auténtico “reponerse, un sobreponerse y que sólo se produce como cultivo de sí, con las prácticas de uno mismo, en las que no se acomoda ni integra ciegamente a sus representaciones. [...] El cuidado de sí es, a la par, cuidado del y con el lenguaje” (Gabilondo, 1997: 382-383). González se empeña en hacer uso de ese lenguaje para crear acciones de cambio en su devenir bajo la confrontación de sí. Lo interesante son los modos de objetivación que propone. Si en un enfrentamiento con la sensación instintiva se logra dominarla, el sujeto gana para sí una objetivación que lo convierte en sujeto. Se accede, mediante la lucha, a un pensamiento que modifica la relación entre sujeto y naturaleza instintiva, para lograr un poder sobre sí mismo.

Pensar viene a ser, entonces, ejercicio, un arte de la existencia, una técnica de vida [...] Se trata de saber cómo gobernar la propia vida a fin de darle la forma más hermosa posible. Para ello, se construye la formación y desarrollo de una práctica de sí mismo que tiene por objetivo constituirse uno mismo en tanto que artesano de la belleza propia (1997: 385).

Pese a ese intento de concretar pensamiento en su proyecto ensayístico, esto no es del todo completado. Es recurrente la contradicción

y la paradoja, tanto en el despliegue del argumento como en la linealidad de un proyecto de escritura; sin embargo, esto responde al modo de ser del ensayo. En *Los negroides* es más la digresión sobre puntos como el mulato, que es tomado de Bolívar, quien se compara con Buda y Jesucristo, con el argumento de que estos crearon rebaños que provocaron la pérdida de la individualidad mientras que el Libertador liberó, acompañó y obligó al americano a que se definiera. Esto se ha extraviado; se toma como proyecto para el libro pero todo termina en manuales para crear una universidad en la Gran Colombia o en insultos. No es pleno como tratado ni como texto sociológico o psicológico del americano. Lo que sí es claro es la lucha contra la vanidad y la simulación. Ambas son condenadas por la ribera que comparten con el extravío del ser americano y la falta de un carácter que liberte.

Complejo de *hijo de puta*: identidad, sufrimiento y dolor en el alma americana

El sistema cultural de una sociedad, o bien su estructura simbólica, viene de un mundo instituido de significaciones sociales que van desde los procesos políticos, artísticos, míticos, morales, etc. Alrededor de estos, una cultura organiza su producción de sentido, su identidad, su nosotros. Esta raigambre une los diferentes caminos que una cultura tiene para mirar el mundo, para descifrarlo y comprenderlo.

Ninguna sociedad existe sin definir límites simbólicos que configuren la experiencia y comprensión del mundo, [...] tampoco existe sociedad que no disponga de *respuestas* “reales-rationales” o “imaginarias-ideológicas” a las preguntas sobre la muerte, el amor o la tragedia; ni tampoco existe sociedad que no despliegue una serie de categorías cognitivas [...] que hagan posible el *representar/decir sociales* (Beriain, 1990: 27).

Esa sociedad, autónoma en sus devenires, va dibujándose en el paso del tiempo y tras de sí queda algo de ella que la forma como imagen objetivada de un ser nacional: una huella palpable de lo que es una cultura y cómo esta funge a modo de molde con unas categorías que el sujeto, consciente o inconsciente, vivencia como parte de su ser. La sociedad es con frecuencia un acontecimiento extraño en la medida en que adviene

como algo dado, yuxtaposición de individuos que aportaron a ese advenir, para que ahora se goce de algo que ni se comprende. Vivir en esa sociedad se convierte en la opción solidaria de hacerse al cúmulo cultural siguiendo al grupo, o bien, ser un solitario siguiendo a Fernando González, colmado de conocimiento de sí. De nuevo el espejo que busca la expresión genuina.

Sin embargo, la obra de Fernando González propone representar a esa sociedad bajo su ojo de crítico y en consecuencia aparecen elementos que reniegan de esa raigambre donde el sujeto se haría a una identidad. *Los negroides*, como ensayo, comprende un dibujo de la Gran Colombia con desintegración de la identidad colectiva por tratarse del resultado violento de la Conquista. Existe para este autor una falta de integración social donde los individuos de la Gran Colombia –utopía de Bolívar, visión idealizada de González– no pertenecen a esta sociedad porque no participan en las representaciones colectivas o universos simbólicos que traducen significaciones sociales y porque ellos no comparten la voluntad de pertenecer a esa sociedad por el solo hecho de que no la ven como el medio de representación de sí mismos.

González no intenta decir qué son los colombianos, sino el riesgo que corren con su manera de ser inauténtica, copiada e imitada de afuera. Se muestra como el único combatiente de esa realidad y ese rasgo se alarga en la estética del autor, que se autofigura como libertador o profeta dotado de un carácter que crea a medida que ensaya el anuncio, la buena nueva, la renovación. Su ensayo es una declaración solitaria frente al medio que lo rodea y que él ha diagnosticado según su criterio y opinión. La vanidad es la culpable de todo. La determinación de este efecto –sigo a González– es a la larga un asunto de vanidad. Se valora más lo llegado de tierras ajenas que lo producido en el territorio colombiano. En efecto, ese ejercicio social aleja al sujeto de las prácticas y creencias propias de su entorno y se configura en moldes uniformes que auguran acciones y modos de ser, auspiciadas por una invasión de ideas externas, incorporadas sin pensamiento disidente.

Sin ello no puede concretarse una libertad individual que se separe, de manera sistemática, meditada e insurrecta, de la cultura ajena y forme en consecuencia un progreso moral como pueblo. Con miras a este progreso moral, González dispone una dirección evolutiva que lleva a la autonomía y, por ende, sería consciente de la raigambre cultural que forma la idea

de un *gran mulato* que liberte, igual que Bolívar, a la nación de los complejos del americano. Para ello, la sociedad colombiana debe adquirir conciencia de sí misma, de que existe en ella algo distinto que la hace única ante las demás sociedades.

Para que la sociedad sea capaz de adquirir conciencia de sí, y mantener el sentimiento que tiene de sí misma, es preciso que se reúna y se concentre. Ahora bien, tal concentración determina una exaltación de la vida moral que se traduce en un conjunto de concepciones ideales en el que se retrata la nueva vida que así se ha despertado (Durkheim citado en Beriain, 1990: 32).

La nueva vida es para Fernando González el surgimiento del *gran mulato*. Se basa en una originalidad física y humana, unida al clima y las geografías americanas, que aprovechará los instintos y pasiones de todas las razas que confluyeron para formar al americano, la raigambre de una nueva cultura. La Gran Colombia será para González *el lugar de la renovación del hombre*.

Progreso moral personificado en una imagen simbólica que reúne las diferentes razas vertidas, conjuntadas y amalgamadas en América, separadas por supuesto de la sombría mirada de inferioridad, rebasando complejos impuestos por los europeos que se convirtieron en vanidad.

Vanidad significa carencia de sustancia; apariencia vacía. Decimos “vano de la ventana”, “fruto vano”. El papel moneda, por ejemplo, es una vanidad. Apariencia no respaldada, apariencia de nada, eso es vanidad. Llamamos vanidoso a un acto, cuando no es centrífugo, es decir, cuando no es manifestación de individualidad. Por ejemplo, el estudiar, no por gana, no por instinto íntimo, sino para ser tenido por estudioso (González, 1936: 1).

Este sentido social, acogido por el sujeto para ser considerado en su grupo, es lo que arranca su voluntad. Por ello, González dice que la “vanidad es la ausencia de motivos íntimos, propios, y la hipertrofia del deseo de ser considerado” (1936: 1). En ese momento solo pertenece a la masa, a la efervescencia colectiva que direcciona su modo de ser identitario. No puede ser un sujeto solitario porque la cultura le arrastra a cumplir lo impuesto por otro. Repite sin preguntarse. Se simula al otro por verlo como medio para llegar al fin de la sociedad perfecta: pero acá se presenta la crítica álgida de González. La cultura colombiana debe desnudarse,

abandonar el simulacro, “lo ajeno, lo que nos viene de fuera” y entrar en formas dignas de autoexpresión que direccionen al ser humano a manifestarse como individualidad. Dejar de rezar, legislar y orinar a la europea es la premisa de González. Él mismo padeció el influjo de lo ajeno:

Crecí con los jesuitas; fui encarnación de inhibiciones y embolias; no fui nadie; vivía de lo ajeno: vivía con los Reverendos Padres... De ahí que la protesta naciera en mí y que llegara a ser el predicador de la personalidad. Mi vida ha estado dedicada a devolverles a los Reverendos Padres lo que me echaron encima; he vivido desnudándome (1936: 4).

Nuevamente acá es él la fuente de enseñanza. Siendo negroide la imagen en la que se proyecta se abre a lo que él mismo es o busca ser. Produce de la meditación, del viaje a pie o la diatriba, unas normas íntimas, surgidas del proceso de zafarse del legado jesuita, mulato o nacional. No es una acción replicable por el rebaño, cada cual la realiza, pero se liga al valor moral y espiritual que se alcanza al ir perdiendo la vanidad. La resolución de este complejo de vanidad reconstruye el sentido de identidad, lo orienta hacia la percepción de un valor más alto, visto dentro de sí mismo, y espejado en Bolívar como arquetipo de lo que surgió de esta raza. Es hombre del futuro, americano, mezcla de raza, tendrá la conciencia de todos los seres que lo formaron y por ello será un hombre superior.

Al hacerse consciente de su constitución polisémica, mulata, podrá liberarse de la humillación de la conquista. Se desatará el nudo dominante de las ideas y costumbres cristianas de Europa, impropias para el aborigen americano que ha perdido su personalidad por el miedo, el sometimiento, etc. En el indio late la gran individualidad, humillada por “la civilización más fanática, la cristiana, y Suramérica, por los más rudos de Europa, los españoles” (1936: 12). Esto lo convirtió, en cierta medida idealizado por González, en un modelo prístino del hombre Americano –puro, inocente– y modelo para encontrar la originalidad de este continente. Sin embargo, no confía en ellos porque la propia imposición de la conquista arrebató lo que eran y pese a permanecer como grupos no encaran lo primigenio, son hijos de esa imposición. Si seguimos la vía de González nos hallamos en camino cerrado por la idealización del indio pero abierto en la dirección de valorar al liberto Bolivariano, mulato y mestizo, hijo de esa vanidosa impostura occidental, que propuso la creencia de superioridad europea, dando origen

a una vergüenza por el origen indígena o negro. “El suramericano tiene vergüenza de sus padres, de sus instintos. De ahí que todo lo tengamos torcido, como bregando por ocultarse, y que aparentemos las maneras europeas” (1936: 13). Somos *hijos de puta*, sentencia González, al reflexionar sobre este proceder social que recubre el origen americano.

Hijo de puta es aquél que se avergüenza de lo suyo. Por aquí me han llamado grosero porque uso esta palabra, pero la causa está en que mis compatriotas son como el rey negro que se enojó porque no lo habían pintado blanco. Porque somos hijos de padres humillados por Europa, simulamos europeísmo, exageramos lo europeo. Nuestra personalidad es vana. Por eso Suramérica no vale nada; pero el día en que se practiquen mis métodos de cultura, el día en que seamos naturalmente desvergonzados, tendremos originalidad. Creo firmemente que yo soy el filósofo de Suramérica; creo en la misión; me veo obligado a ser áspero y seré odiado, pero ¿podría cumplir mi deber con dulces vocablos? (1936: 13).

La vergüenza emerge en esta cultura por efecto de una impostura reconocida por todos como válida, mezclada al proceder americano como historia social convertida en el único tipo de identidad colectiva. La institucionalidad de un modo de ser nacional, bajo la amenaza y la represión, se impone al mundo social como creencia y práctica validada. Se confunde la vida social con la vida impuesta por el agresor y se aleja de un sentido concreto para esa sociedad. Lo que se formó como natural, autóctono, se reemplazó por algo que no era, ni será, natural en el americano. “Somos seres frustrados. Todo el que aprende a leer en Suramérica se avergüenza de ésta y de sí mismo y de sus padres; si es rico y viaja por Europa, gasta demasiado y simula vicios y lujos para hacerse perdonar su origen; si es político, extrema las prácticas europeas” (1936: 14). Se acentúa el complejo de inferioridad cultural, pasiva actitud que distancia de una responsabilidad social y hace de ese sujeto un ser alejado de virtudes ciudadanas, dadas en su sociedad, pero cambiadas al ser incorporado el dominio de la cultura foránea. Bajo esta intromisión se crea una ciudadanía social basada en justificaciones de formar al sujeto acorde con deseos externos, lo cual conduce a instaurar una sociedad basada en principios restrictivos y aleja a los ciudadanos de una percepción de sí mismos, que sería lo que Fernando González visualiza.

En cierta medida se orienta a valorar lo autóctono, visto en el legado indígena, y luego a una exploración de la cultura con miras al arte de desnudarse, de zafarse de la impostura y encontrarse como sociedad. “Necesita la Gran Colombia conquistarse a sí misma, llegar a su conciencia, libertarse. Para ello, perder la vanidad” (1936: 17). A saber, un modo de ser nacional, bajo el símbolo del *gran mulato*, que crearía una sociedad decente, de espíritu propio; con pies asentados en la capacidad de autoexpresión. “El valor está en desnudarnos, en quitar lo que sea de aluvión, así como quitan la tierra y la arena de aporte para llegar a la roca viva de donde brota el manantial” (1936: 17).

En buena parte, la construcción del ser nacional de Fernando González es de orden simbólico porque intenta crear un sentido a un ejercicio social que remite a configurar para otros, en este caso los colombianos, una manera de evocar un pasado indígena, una construcción autónoma de la cultura y un encuentro con un devenir de crecimiento como sociedad. El intento es remediar la intrínseca fragilidad de la cultura de la Gran Colombia a través de la fundación de un aliento mulato que insuffle el modo de ser de los ciudadanos. Es una propuesta que asegura ser ciudadano de un país a modo de sentirlo como morada que protege, permite, y asegura lo que se es. Una identidad basada en la morada en un territorio, que da al sujeto la idea de una identidad personal que le otorga posibilidades de ser y estar en el mundo de manera digna.

Desde un punto de vista muy alto hay que aceptar que el individuo tiene un camino, que apareció para perfeccionarse, que este mundo es una escuela disciplinaria, que la sociedad es el medio para la perfección. El hombre evoluciona; su camino va de la simulación, la oscuridad de su conciencia, el grupo irresponsable e imitador, hacia la expresión individual. Parte la especie humana del instinto, para llegar a la conciencia; de la imitación, hacia la auto-expresión; de la educación, hacia la cultura (1936: 33).

La cita parece sugerir que el porvenir de la sociedad colombiana se daría a partir de la incorporación de una actitud que mira el pasado, pero justamente la intención no es evocativa y melancólica, sino que tiene el objeto de centrar un arquetipo del ser nacional descargado sobre Bolívar y, de manera indirecta, sobre lo antioqueño, por ser ambos, al parecer del autor, seres que han formado la autoexpresión, han concebido una conciencia

de sí mismos y se han independizado. De Bolívar, hace Fernando un ser exaltado y superior. Mira al pasado heroico del prócer para acogerlo como modelo preferente de lo que sería un *gran mulato*. Les gana en conciencia a todos los héroes y su finalidad fue la individualidad de la raza, el continente y la humanidad, basada en la autoexpresión de lo que en sí él era. Considerado por González como

Genio de la libertad, opuesto al rebaño, su único fin personal era sentirse poderoso, libre, eufórico. Sus tenientes manifestaban esto en el lenguaje de la época, diciendo que amaba la gloria. Yo he descubierto el nombre de eso que amaba Bolívar y que era lo único que buscaba para sí mismo en su obra: calor humano (1936: 31).

Del antioqueño, por su parte, se da un largo tejido de consideraciones sobre su personalidad⁸ mezclada de judíos, vascos, negros e indios. “Allí existe un pueblo fecundo, trabajador, realista y orgulloso, que le está dando unidad al país y que parece capaz de terminar su misión” (1936: 20). Se exalta a este pueblo en la obra de González porque los ve como seres capaces de expandirse como raza mulata a diversos territorios de Colombia e incluso de otros países, “llevando siempre sus cualidades y perdiendo sus defectos; el único grupo racial colombiano que ha continuado la conquista, formando nuevos Departamentos, como el de Caldas...” (1936: 21).

Antioquia sería, desde la mirada del autor, el porvenir pues no existe el grado de vergüenza de la raza, del ser *hijo de puta*, y bajo esta fuerza se aguarda un ser nacional renovado y refinado de las cargas del pasado colonizador. En ese sentido, González clama por la suspensión de migraciones extranjeras y desde luego desea que ese proceso de unificar el país, bajo una identidad sólida, sea dejado al antioqueño porque es un individuo que se autoexpresa. En cierta medida ese logro le da individualidad⁹ y lo libera de las formas sociales que le esclavizan y que fueron heredadas por personalidades poderosas. “Todo genio es esclavizador. Cuando aparece una personalidad fuerte, absorbe a la especie humana. Aparecen Cristo, César, Napoleón, y el hombre se hace rebaño” (1936: 21).

⁸ “PERSONALIDAD es lo que aparece, la individualidad en cuanto aparecida. Es la manifestación” (González, 1936: 42).

⁹ “INDIVIDUALIDAD es lo que está encerrado en nosotros y que puede manifestarse o no, así como en la envoltura del capullo está la semilla, el árbol y los frutos” (González, 1936: 41).

El antioqueño al parecer se ha desprendido de ese peso y es “lo único prometedor que tiene Suramérica [...] Todas las fundaciones, sembrados, edificios, etc., que hay en Colombia, o son de él o de extranjeros”. Ha dejado de ser dócil, empequeñecido, ridículo, animal de rebaño, –palabras de Nietzsche– gestado por otros y se hace del arquetipo ideal para Suramérica, la cual es una raza en gestación, “horno del hombre futuro; patria de cosas nuevas. Aquí es donde puede renovarse la expresión humana. El suramericano es hoy un animal apenas parecido al hombre” (1936: 38).

Bajo esta mirada el autor abre la interpretación del ser suramericano, basado en su incapacidad como raza y propone siete elementos para sostener la idea.

a) En Suramérica no puede crearse un movimiento; la vida escapa al político; todo ocurrirá al azar de las pasiones dispersas.

b) Estará Suramérica durante mucho tiempo (siglos) sometida al desorden, ensayando, en revoluciones. *Período volcánico de la especie humana*.

c) Sus actuales habitantes no producirán nada digno de atención estética o de perduración. Son incapaces de constancia. Las obras (edificios, caminos, ciencia y arte) le están vedados al suramericano. Su único valor es el de elemento para la mezcla.

d) Mientras no haya tipo definido, mientras seamos mulatos, la acción humana será *hija de puta*, con lo cual signifique que será falsa.

e) El suramericano necesariamente es ladrón, ratero, infiel, incapaz de ideas morales, tales como Patria, Dios, Perfección, etc.

f) La protección interesada que ha ejercido Estados Unidos sobre el continente mulato ha sido necesidad y un gran bien. Los suramericanos son como los monos, manoseadores.

g) Nadie entenderá a Suramérica si no entiende todo lo que encierra lo que he llamado complejo *hijo de puta*, a saber: todo ser híbrido es promesa y pésima realidad (1936: 38).

En suma es una raza que no se ha educado, ni se ha logrado un orden gubernamental que propicie que cada ciudadano se autoexpresé. En gran parte de *Los negroides*, González achaca el problema de la identidad a un Complejo de la ilegitimidad adquirido en la Colonia, sostenido luego con teorías del origen del hombre americano que lo emparentan con Asia. Todo ello provoca que la individualidad americana esté apachurrada.

González, asegura que este *apachurramiento* se dio por varios factores. Lo primero, basado en la sangre negra, constitutiva del americano, fue traído como esclavo y por ello fuimos prostituidas, ambas razas, al ser consideradas como propiedad. Lo segundo, remite al ser indio, que provocó una discusión de nuestro ser para determinar nuestra alma/humanidad, y en ese proceso derrocaron a los dioses, impusieron a uno solo, obligaron lo científico. Lo tercero, que sería de lo legítimo ante nuestros invasores, es habernos negado la opción de ser españoles, y para negarnos esto, nos dieron el nombre de criollos, sin poder probar la pureza de nuestra raza nueva. Lo cuarto –último– es el ocultamiento de nuestras sangres constitutivas: negro, indio y español, que se convirtió en un pecado auspiciado para ser oculto bajo la veeduría de la vergüenza. “En realidad, tal mezcla es un bien; pero en la conciencia tenemos la sensación de pecado. Vivimos, obramos, sentimos el complejo de la ilegitimidad” (1936: 42).

El anterior punto es para la obra de González el centro. El mulato, preñado de esas razas, debe arraigar su individualidad en ello. Mientras simule al europeo, será inferior. “La grandeza nuestra llegará el día en que aceptemos con inocencia (orgullo) nuestro propio ser. El día en que [...] el gran colombiano manifieste su individualidad mulata desfachatadamente; ese día habrá algo nuevo en la Tierra, habrá un aporte nuevo al haber humano” (1936: 42). Sin duda la expresión de este mulato, para la época de González, es Jorge Eliécer Gaitán. Le considera un mesticito vivaracho, lector. Habla y se escucha. Se autoexpresa, habla y despliega un estado irritado que desciende por su palabra, porque en ello es fuerte y ofende a los que oprimieron su raza. Su energía le sale por la lengua, el silencio le provocaría un estallido. *Hablar es para él un fin*. Este hombre, mulato, es producto de la democracia y abre la posibilidad a los vencidos, a los *hijos de puta*, domina por medio de la palabra. Se cruza lo mestizo con la libertad proclamada en la Revolución Francesa y permite, gracias a la voz de un líder, un medio para dominar a los blancos criollos, no a su manera, sino por medio de la oralidad. *En la bulla gana* el suramericano, por la oratoria, facultad propicia gracias a la inestabilidad nerviosa del mulato y el mestizo, que hablan tanto, sin estabilidad, de forma variada e inconstante, pero a la vez, facultad de inventar mientras conversan: “hacen encuentros hablando. Por eso, a ratos se auto-escuchan y les brillan los ojos de admiración por sí mismos. Se dejan sugerir por el sonido; cada encuentro feliz los excita más. Acaban por ser elocuentes” (1936: 43).

Bibliografía

Beriain, J. (1990), *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*, Barcelona, Anthropos.

Gabilondo, Á. (1997), *Trazos del eros: de leer, hablar y escribir*, Madrid, Tecnos.

Gómez Martínez, José Luis (1992), *Teoría del Ensayo*, disponible en: <http://www.ensayistas.org/critica/ensayo/gomez/>, consulta: 12 de Octubre de 2010.

González, Fernando (1936), *Los negroides*, Medellín, Atlántida.

_____ (1959), *Libro de los viajes y de las presencias*, Medellín, Bedout.

_____ (1967), *Viaje a pie*, Bogotá, Tercer Mundo.

_____ (1993), *Mi Simón Bolívar*, Medellín, UPB.

_____ (1994), *El remordimiento*, Medellín, Universidad de Antioquia.

Lukács, Georg (1975), “Sobre la esencia y forma del ensayo (Carta a Leo Popper)”, en: *El alma y las formas*, Barcelona, Grijalbo.

Mead, Robert G. (1956), *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, México, Deandrea.

Montaigne, Michel de (1968), *Ensayos*, Barcelona, Orbis.

Navarro Reyes, Jesus (2007), *Pensar sin certezas: Montaigne y el arte de conversar*, Madrid, FCE.

Premat, Julio (2009), *Héroes sin atributos: figuras de autor en la literatura argentina*, México, FCE.

Ricoeur, Paul (1996), *Sí mismo como otro*, México, Siglo XXI.

Spang, K. (1993), *Géneros Literarios*, Madrid, Síntesis.

Tungendhat, E. (2004), *Egocentricidad y Mística: un estudio antropológico*, Barcelona, Gedisa.

Vélez, Jaime Alberto (1997), *El ensayo*, Medellín, Grupo Impresor.

_____ (1998), “El más humano de los géneros”, en: *El malpensante*, Bogotá, núm. 8.

_____ (2000), *El ensayo, entre la aventura y el orden*, Bogotá, Taurus.

Vitier, Medardo (1945), *Del ensayo americano*, México, FCE.

Weinberg, Liliana (2001), *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México, FCE.

_____ (2007), *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI.